

Juan Francisco Fuentes
Adolfo Suárez

La historia que no se contó

EspañaEscrita: La trayectoria y el análisis del principal protagonista, junto al Rey, de un periodo crucial de la historia de España.



Índice

Portada

Biografía del autor

Dedicatoria

Citas

Siglas y abreviaturas

Agradecimientos

1. Un joven delgado con una maleta marrón

2. En la cresta de la ola

3. De cesante a ministro

4. Presidente

5. Vértigo

6. Sol que se pone

7. Dimisión y golpe de Estado

8. La insoportable levedad de la oposición

9. Nostalgia de otras vidas

Epílogo: Elogio de la transición

Fuentes y bibliografía

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Juan Francisco Fuentes es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid. Cursó estudios de doctorado en l'École des Hautes Études en Sciences Sociales de París y en la Universidad Complutense, en la que se doctoró en 1985. Ha sido profesor visitante en la Universidad de Harvard, Estados Unidos, en 2006 y 2008 (Center for European Studies y Department of History), *fellow* del Real Colegio Complutense en Harvard University y director del Group of Advanced Research on Atlantic Empires del RCC en Harvard. Ha impartido cursos, conferencias y seminarios en las universidades de París-Sorbona, París III-Sorbonne Nouvelle, Menéndez Pelayo, Harvard, Oxford, Wisconsin (Estados Unidos), Viterbo (Italia), Toulouse-Le Mirail (Francia) y Camerino (Italia), entre otras. Ha sido comisario de las exposiciones «España, 1808-1814. La nación en armas», organizada por la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y el Ministerio de Defensa (2008), y «Ciudades en guerra, 1808-1814», Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales (2009). Fue director, con Javier Fernández Sebastián, del *Diccionario político y social del siglo XIX español* (2002) y del *Diccionario político y social del siglo XX español* (2008). Es autor de una docena de libros, entre ellos varias biografías políticas, como *Luis Araquistáin y el socialismo español en el exilio* y *Largo Caballero: El Lenin español*.

A mis padres

La vida siempre te da dos opciones: la cómoda y la difícil.
Cuando dudes, elige siempre la difícil.

ADOLFO SUÁREZ a LUIS HERRERO

Una vez, un hombre cualquiera se dirigió a Tiberio y comenzó a hablarle, diciéndole: «¿Te acuerdas, César...?», y el César le atajó sombríamente: «No, yo no me acuerdo de nada de lo que he sido.»

GREGORIO MARAÑÓN, *Tiberio*

Siglas y abreviaturas

AJCU	Archivo Jaime Carvajal y Urquijo
AJLS	Archivo José Luis Sanchís
AJTS	Archivo Jorge Trías Sagnier
ANA	Análisis y Alternativas
AP	Alianza Popular
BOE	<i>Boletín Oficial del Estado</i>
CD	Coalición Democrática
CDS	Centro Democrático y Social
CEC	Centro de Estudios Constitucionales
CEPC	Centro de Estudios Políticos y Constitucionales
CE-SID	Centro Superior de Información de la Defensa
CIS	Centro de Investigaciones Sociológicas
CiU	Convergència i Unió
CP	Coalición Popular
DS	<i>Diario de Sesiones</i> del Congreso de los Diputados
ENA	Eduardo Navarro Álvarez
FRAP	Frente Revolucionario Antifascista Patriótico
G-II	Gabinete II
GRA-PO	Grupo Revolucionario Antifascista Primero de Octubre

INI	Instituto Nacional de Industria
JEME	Jefe del Estado Mayor del Ejército
LOE	Ley Orgánica del Estado
LRP	Ley para la Reforma Política
ms.	Manuscrito
PCE	Partido Comunista de España
PDP	Partido Demócrata Popular
PNV	Partido Nacionalista Vasco
PP	Partido Popular
PSA	Partido Socialista de Andalucía
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
PSP	Partido Socialista Popular
SE- CED	Servicio Central de Documentación
SEU	Sindicato Español Universitario
TOP	Tribunal de Orden Público
UCD	Unión de Centro Democrático
UCM	Universidad Complutense de Madrid
UDPE	Unión del Pueblo Español
vol.	Volumen

Agradecimientos

La idea de este libro me la sugirió Juan J. Linz en una visita que le hice a su casa en New Haven (EE.UU.) en la primavera de 2008, coincidiendo con una estancia mía en Harvard como profesor visitante. Un sábado, Juan y Rocío, su mujer, me invitaron a pasar el día con ellos y en la conversación surgió el nombre de Adolfo Suárez, que había estado en aquella casa hacía veinticinco años, y la posibilidad de escribir una biografía política de quien fuera el principal protagonista de la transición española. Ya en la charla que tuvimos aquel día se planteó el espinoso tema de los papeles personales de Suárez y especulamos con su posible existencia y su localización. Las pesquisas para dar con ellos me llevaron, meses después, al archivo de su más estrecho colaborador, Eduardo Navarro Álvarez, fallecido en marzo de 2009. Poco antes de su muerte, su amigo el abogado Jorge Trías Sagnier recibió de Julio Álvarez, sobrino del fallecido, toda la documentación reunida por Eduardo Navarro durante sus largos años de trabajo con Adolfo Suárez. Ésta es la razón por la que Jorge Trías acabó poseyendo el mejor fondo documental sobre el ex presidente del Gobierno Adolfo Suárez González, formado por cinco cajas de documentos y varias carpetas sueltas, entre ellas la que contiene una copia del manuscrito inédito de Eduardo Navarro titulado *Mis testimonios sobre Adolfo Suárez*. Mi gratitud, pues, a Juan Linz por darme la idea del libro y a Jorge Trías Sagnier por permitirme consultar en condiciones privilegia-

das los papeles de Eduardo Navarro. También a su secretaria, Margarita Moreno, siempre amable y eficiente al atender mis continuas visitas al bufete y archivo de Jorge Trías.

Pero mi acceso a estos documentos no se produjo hasta un año después de aquella conversación con Linz. A mi vuelta a España en el verano de 2008 consulté con varias personas la posibilidad de escribir una biografía política de Adolfo Suárez basada en documentación original e inédita y en los testimonios de quienes le conocieron y trabajaron con él. La primera persona con la que hablé fue mi amigo Octavio Ruiz-Manjón, catedrático de Historia Contemporánea de la UCM, que me animó a ponerme manos a la obra, me dio algunas pistas para orientarme en el proceloso mundo de la adolfología y me dejó veinte o treinta libros de su biblioteca para empezar a trabajar. Poco después, a finales de septiembre, repetí la consulta con otros buenos amigos que vinieron a cenar a mi casa: Antonio Morales Moya, Margarita Márquez, Pilar Solís Martínez-Campos y Gregorio Marañón Bertrán de Lis. Todos se mostraron entusiasmados con el proyecto. En aquella improvisada tormenta de ideas, surgieron ya unos cuantos nombres de personas que podrían ayudarme y un primer cambio de impresiones sobre la figura de Adolfo Suárez: anécdotas, testimonios, incluso alguno de primera mano, localización de documentos de o sobre el personaje e ideas sobre la forma de abordar el tema y la época. El proyecto fue tomando cuerpo rápidamente con la inestimable ayuda de Gregorio Marañón, que puso a mi disposición su extensa y selecta red de relaciones personales para llegar a los últimos confines de la biografía política de Adolfo Suárez. Además de ponerme en contacto con una veintena de personalidades de primera fila, desde ex ministros, hasta altos cargos y amigos personales de Adolfo, Gregorio siguió el día a día de la gestación del libro con un entusiasmo y una generosidad sin límites. Debo mucho a sus observaciones siempre inteligentes y ponderadas, a su sensibilidad histórica y a

menudo a testimonios suyos decisivos para el resultado final de mi trabajo. Puedo decir sin exageración que esta biografía de Adolfo Suárez nunca hubiera existido sin el estímulo y el apoyo constante, desde el principio hasta el final, de mi gran amigo Gregorio Marañón.

Tengo una deuda de gratitud con otras muchas personas que me han facilitado datos, documentos o contactos a lo largo de más de dos años de trabajo. He aquí sus nombres: Julio Álvarez, sobrino de Eduardo Navarro; Luis Armada Martínez-Campos, Luis Miguel Enciso Recio, María Antonia Fernández, Pablo Gómez-Pan, Joaquín Puig de la Bellacasa, José Lasaga, Antonio López Vega, Margarita Márquez, Antonio Morales Moya, Rafael Núñez Florencio, Stanley Payne, Pablo Pérez López, Florentino Rodao, José Carlos Rueda Laffond, Marta Solano, José Varela Ortega y Joaquín Varela Suanzes-Carpegna. Añádanse a ellos los nombres de todas aquellas personas citadas al final del libro que me han prestado su testimonio desinteresado. Al Archivo TVE y a su Servicio de Documentación agradezco las facilidades recibidas para acceder a materiales audiovisuales del mayor interés para el propósito de mi investigación. Me ha resultado sumamente útil la lectura de la tesis doctoral inédita del general Juan Peñaranda Algar *Los servicios de inteligencia y la Transición española (1968-1979)*, presentada en la Facultad de Ciencias de la Información de la UCM en julio de 2010. Conste mi reconocimiento al autor, el general Peñaranda, y a mi colega y amiga la profesora Ingrid Schulze por facilitarme la consulta de esta obra excepcional de más de tres mil páginas.

Mención aparte merecen Pilar Solís Martínez-Campos por su generosa colaboración, decisiva en el acceso a testimonios de gran importancia, y su detenida lectura del original; José Luis Graullera Micó, que me ha ayudado en todo lo que ha estado en su mano, dentro de los límites de su proverbial discreción y de su ejemplar lealtad a su amigo el presidente Suárez; Jaime Carvajal y Urquijo, que me ha fa-

cilitado documentos del máximo interés de su archivo personal; José Luis Sanchís, que puso a mi disposición su monumental archivo sobre la transición, que contiene el día a día de cuatro años que cambiaron España, fuente fundamental e inédita citada en innumerables ocasiones a lo largo de estas páginas. En fin, cómo no agradecer a Editorial Planeta su confianza en lo que fue inicialmente un proyecto resumido en poco más de un folio, que se ha acabado convirtiendo finalmente en el volumen que el lector tiene en sus manos. Quiero expresar en particular mi agradecimiento al director de la colección, Rafael Borràs, por su apoyo cordial, sus certeras observaciones y la libertad absoluta, sin condicionantes de ningún tipo –ni siquiera de tiempo o espacio–, con la que me ha permitido trabajar.

Por último, agradezco a mi amigo y compañero de tantas aventuras Javier Fernández Sebastián su interés constante por la marcha de mi libro y sus atinados comentarios al original. Con él, estando los dos en Harvard, visité de nuevo a Juan Linz en agosto de 2010, más de dos años después de aquella conversación que dio origen al libro. Para entonces, el proceso de elaboración de esta biografía se encontraba ya muy cerca del final, pero aún a tiempo de incorporar las críticas y sugerencias de Juan, que además me regaló una carpeta suya con material diverso sobre Adolfo Suárez recogido por él y por su mujer, Rocío, a lo largo de varios años. Se puede decir que lo que empezó como una propuesta inesperada en la siempre acogedora casa de Rocío de Terán y Juan Linz, a orillas del lago Whitney, en Connecticut, acabó –casi– al cabo de dos años y medio en el mismo lugar y con las mismas personas.

Capítulo 1

Un joven delgado con una maleta marrón

En el principio fue la República

«Lucía el sol como un gallardete festivo en la misma vecindad del mediodía. Bajo la arcada y su sombra, vi cruzar el patio a un joven delgado con una maleta marrón en la mano derecha.»¹ La escena tiene lugar en la Ciudad Universitaria de Madrid, a comienzos del curso 1958-1959, en el recién inaugurado Colegio Mayor Francisco Franco, y figura en las memorias escritas medio siglo después por José Miguel Ortí Bordás. Estudiante falangista, natural de Tous (Valencia), futuro diputado en las Cortes elegidas en 1977, senador en varias legislaturas y vicepresidente del Senado en una de ellas, Ortí Bordás narra el momento en el que vio por primera vez a Adolfo Suárez González, joven licenciado en Derecho, natural de Cebreros (Ávila) y futuro presidente del Gobierno. El rector del colegio mayor era Eduardo Navarro Álvarez, apenas treinta años de edad, huérfano de la guerra civil, miembro de la Centuria XX de Falange, buen jurista y brillante intelectual. Más joseantoniano que franquista, su fama de heterodoxo y conflictivo truncó su carrera política en el régimen, sobre todo después de que Franco se enterara de que Navarro entretenía a sus amigos inventando escenas, a lo *Guerra de los mundos* de Welles, en que las masas asaltaban la Secretaría General del Movimiento y provocaban la huida despavorida de sus ocupan-

tes. Era muy celebrado el momento en el que imitaba la inigualable voz del Caudillo intentando convencer por teléfono a los dirigentes del partido para que convirtieran el edificio de Alcalá, 44, en un nuevo Alcázar de Toledo. Navarro desempeñó cargos relevantes en la transición, aunque no llegó a ministro. En la noche del 15 al 16 de junio de 1977, como subsecretario del Ministerio de Gobernación, fue el encargado de aparecer en televisión para anunciar a los españoles la marcha del escrutinio de las primeras elecciones democráticas. Eduardo Navarro acabó siendo amigo íntimo, hombre de confianza y fiel subordinado de aquel joven delgado con una maleta marrón, tres años más joven que él, que en noviembre de 1958 apareció en el colegio mayor del que era rector. Escribió muchos de los textos, discursos y conferencias de los años setenta, ochenta y noventa que llevan la firma de quien fuera presidente del Gobierno durante la transición. «Yo escribo –le gustaba decir– con un pseudónimo que se llama Adolfo Suárez.»²

A la pregunta sobre el recién llegado que Ortí Bordás le hizo aquel día de 1958, el rector le contestó que se trataba de un recomendado de Fernando Herrero Tejedor, delegado nacional de Provincias en la Secretaría General del Movimiento, tras haber sido durante algo más de un año gobernador civil de Ávila, donde conoció al tal Adolfo Suárez. Habían perdido el contacto en su breve etapa de gobernador civil de Logroño, pero al poco de ser destinado a Madrid Fernando Herrero lo incorporó a su equipo de colaboradores como secretario personal, un cargo modesto, hecho a medida de aquel joven sin oficio ni beneficio, al que nada retenía en Ávila tras la marcha de su protector. En la Secretaría General del Movimiento, en Alcalá, 44, Adolfo prestaba pequeños servicios a su valedor. Recibía a las visitas, las llevaba a la sala de espera y, si la demora se alargaba en exceso, les daba conversación, con esa simpatía y ese don de gentes que le caracterizaba. Atendía las llamadas de teléfono y se ocupaba de la correspondencia. Él y

su jefe sabían que aquello era una forma de ir tirando, mientras resolvía su futuro. Y su futuro pasaba por aprobar unas oposiciones. De momento, había que encontrarle alojamiento, porque Adolfo había llegado a Madrid con lo puesto y la esperanza, pronto desvanecida, de hacer carrera con su padre, procurador en los tribunales. Pero de su padre era mejor no acordarse, porque aquello terminó muy mal y estuvo a punto de terminar peor. Tras tomarle bajo su protección, recordando los buenos servicios que le había prestado en Ávila, Fernando Herrero le buscó acomodo en el Colegio Mayor Francisco Franco, donde su hermano José Luis, recién llegado de Santo Domingo, tenía una habitación amplia y confortable en la tercera planta. Fernando habló con José Luis y éste a su vez con el rector. Le puso en antecedentes y le preguntó si habría inconveniente en colocar otra cama en su habitación para que pudiera dormir allí el protegido de su hermano. «Es un chico estupendo y el hombre no tiene dónde meterse.»³ Navarro accedió a ello, como no podía ser de otra forma, viniendo de un alto cargo del partido, y porque el favor en realidad lo hacía José Luis Herrero al prestarse a compartir su habitación. Es verdad que aquel chico que acababa de cumplir veintiséis años ya había terminado los estudios, pero no era tan extraño que jóvenes licenciados recalaran en el Colegio Francisco Franco para preparar oposiciones, especialmente si tenían cargos en el SEU o venían recomendados.

Adolfo pertenecía a la segunda categoría. «Desde luego –recuerda muchos años después el rector del colegio– no estaba “ideologizado” al modo falangista.»⁴ Era –añade– un joven con buena planta, de una simpatía desbordante, seguro de sí mismo. Al menos en apariencia, porque su natural sociable y cordial se compadecía mal a veces con su aire reservado y su expresión melancólica, en la que podía adivinarse una vida más difícil de lo que transmitía a simple vista aquel muchacho simpático, con ganas de agradar a todo el mundo. Así ocurría también con el aspecto